

La Página

de NICOMEDES



Negritud y América Latina (II)

"Aportes de Las Civilizaciones Africanas al Folklore del Perú"

(Ponencia presentada al Coloquio de Dakar por Nicomedes Santa Cruz.)

INTRODUCCION

Uno de los mayores mitos que se ha tejido sobre ese gran calumniado que es el Negro, gira en torno a su supuesta falta de moral. Prejuicio que emana, específicamente, de las danzas africanas vistas por misioneros, tratantes y aventureros en general; improvisados luego en "cronistas", "historiadores" y "etnólogos".

Pareciera que dichos señores ignoraran —o aun pretenden ignorar— que la Moral no es genérica ni absoluta. Nunca lo ha sido. La Etica es relativa a cada cultura. Por tanto, no hay ninguna razón —a no ser la sinrazón del neocolonialismo— para que Occidente pretenda imponer a los pueblos de Africa, Asia y Latinoamérica, patrones culturales que no son sino sutiles formas de dominación.

Si hay algo por estas latitudes de América que siempre se nos trató de escamotear, es nuestra presencia histórica, decisiva en el desarrollo económico, además de nuestra positiva influencia en la vida social de estos pueblos.

Una tradicional política de silencio; la teoría absurda cuando ya no ha sido posible callar más, o la usurpación descarada, han sido las sistemáticas respuestas que en el Perú se ha dado a cada aporte africano.

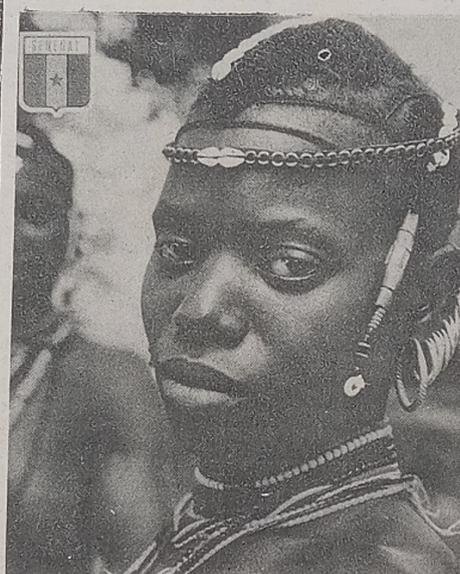
Se podría llenar muchas cuartillas detectando o especulando sobre la africanía que heredó nuestra generación, pero hay algo más importante que la simple enumeración de sobrevivencias: Evaluar su significado dentro de la cultura africana y su influencia en la cultura peruana.

Nuestra historia no comienza en América sino en Africa. Allí quedó la otra mitad de nuestro ser, y por eso siempre hemos sentido el imperativo llamado de la sangre lejana, de la tierra natal, de la Madre Africa. Más ahora, que de uno y otro lado del Océano Atlántico tratamos de juntar ambas partes para reconstruir ese gran cuerpo roto, mutilado por el tráfico esclavista, cercenado por la ambición humana.

Nuestra historia no puede ser escrita por los descendientes de esos mismos tratantes. Y no lo será, porque de intentarlo se les atascaría la pluma al descubrir un obispo esclavista, un héroe esclavista, un sabio esclavista o un ilustre ex gobernante esclavista. Peor aún, si hay lazos de parentesco familiar entre el pretendido historiador y aquellos ilustres antepasados cuya gloria y fortuna devino del trabajo de sus negros esclavos.

Tampoco la escribirán los países que ocultan celosamente el hecho de que su actual poderío haya nacido de las Casas de Contrataciones, de las factorías de las Costas de Guinea, de las carabelas negreras o de las plantaciones latifundiarías de caña, tabaco y algodón del Nuevo Mundo.

Seremos nosotros mismos los que escribamos nuestra propia historia. Y cuando digo "nosotros" me refiero específicamente a los revolucionarios del mundo, blancos o negros, académicos o empíricos, pero que por haber tomado una posición definida en la lucha y no tener compromiso alguno con las castas dominantes pueden hablar cara a cara con toda fraudulenta historia escrita, hasta hacerla bajar la altanera vista.



ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTORICAS

Nuestra historia, la aún no escrita historia del Negro en el Perú, se inicia cuando don Pedro de Candia según unos cronistas —o Alonso de Molina según otros—, como avanzada de la primera expedición de Pizarro, desembarca en la bahía de Tumbes "acompañado de un gallo y de un siervo negro". Unos años después, la Reina Juana y el Conquistador subscriben las Capitulaciones de Toledo (26 de julio de 1529), "cuyo Décimo-nono otrosí autoriza a Pizarro llevar a tierras del Perú "... hasta cincuenta esclavos negros, libres de todo derecho, entre los cuales debe haber, a lo menos, un tercio de jembras" ...

Ya en 1537, a sólo cuatro años de la muerte del último Inca del Tawantinsuyo y a dos de la fundación de Lima, pasa de 300 el número de esclavos negros ingresados al Perú pertenecientes casi en su totalidad a Hernando y Francisco Pizarro.

Desde entonces, los negros figuramos en todos los hechos históricos del Perú: Ya obligados a servir como fuerzas auxiliares en las luchas de conquista; como tropa de ambos bandos en las cruentas guerras civiles que libran los conquistadores; al lado o al frente de los indios en los múltiples levantamientos habidos contra el coloniaje; bajo las órdenes de San Martín y Bolívar, conformando los "partidos de guerrillas" que lucharon por la independencia del Perú, para luego de instaurada la república seguir como esclavos; como carne de cañón en las trifulcas y monotoneras de los caudillos que cada año se disputaban el sillón presidencial; como soldados de primera línea en la Guerra del Pacífico; y,

finalmente, como guerrilleros en las luchas de liberación nacional.

Otro tanto se puede decir de nuestra presencia en el proceso socioeconómico del Perú: supliendo a la anquilada población nativa en la extracción de oro y plata en los primeros años de la colonia; luego, como base de la economía agraria en las plantaciones de caña de la Costa; y, más tarde, en la extracción del guano y el salitre, pilares de la economía nacional en el siglo XIX. Todo ello, a la par con nuestras actividades en el campo medicinal, artesanal y doméstico de aquel entonces; alternando estas labores con nuestros servicios al sostenimiento y propagación de la fe cristiana, fundando hermandades, construyendo templos, pidiendo limosnas y cargando las andas. Una liberta fue la madre de nuestro santo negro Martín de Porres (1563-1639), y un esclavo angola, llamado Pedro Falcón, fue quien en 1650 pintó sobre un muro de su cofradía esa imagen del Señor de los Milagros, cuya procesión es la más antigua de América y congrega anualmente millones de fieles que cubren de morado las calles de Lima.

Con los errores toponímicos de siempre —confundiendo puntos de embarque o desembarque con grupos étnicos—, los cronistas consignaron hasta diez castas africanas llegadas al Perú: "Terranovos, Lucumés, Mandingas, Cabundas, Carabalés, Cangaes, Chalas, Huarochiries, Congos y Misangas".

En 1640, Lima tiene 15,000 negros, lo que es mitad de la población total. El censo de 1781, arrojó un total de 1'076,122 habitantes para todo el Perú, de los cuales 81,593 eran negros y 244,436 mulatos.

Que pese a la Independencia de 1821 y pese a los decretos abolicionistas de San Martín y Bolívar, continuara el tráfico esclavista hasta muy entrada la república, lo prueba el hecho que en 1852 el presidente Echenique libertara 116 esclavos procedentes de Nueva Granada.

La abolición de la esclavitud, surge de la pugna política entre Castilla y Echenique. Las ofertas de ambos culminan con el decreto de abolición que firma don Ramón Castilla en la ciudad de Huancayo (5 de diciembre de 1854), comprometiéndose a indemnizar a los esclavistas. Así lo hace desde que ocupa la presidencia en enero de 1855 hasta 1860, abonando su gobierno un total de 7'651,500 pesos por 25,505 esclavos, a razón de 300 pesos cada uno. Se dice que el número de esclavos fue aumentado artificialmente por los inescrupulosos esclavistas.

Actualmente, el Perú cuenta con una población de 14'000,000 de habitantes, estimándose la población negra en algo más de 60,000 personas mayormente obreros y campesinos de la Costa Norte y Central (Piura, Lambayeque, La Libertad, Lima e Ica).

El trabajo que a continuación vamos a presentar en unas modestas líneas, muestra algunos aspectos importantes pero de ninguna manera pretende resumir los muy valiosos APORTES DE LAS CIVILIZACIONES AFRICANAS AL FOLKLORE DEL PERU. Conlleve, sí el saludo fraterno del pueblo peruano a sus hermanos de la República del Senegal y a todos los pueblos de esa gran Madre: ¡AFRICA! ...

Dakar, 10 de enero de 1974

—o0o—